

García Belmar, Antonio: Éramos todos iguales. Relatos de vida en torno a la lepra. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2023. 336 pp.

David Beorlegui Zarranz

Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA), España ✉

<http://dx.doi.org/10.5209/chco.99576>

El trabajo titulado “Éramos todos iguales” se constituye a través de una docena de relatos de vida que narran las experiencias de individuos afectados por la lepra durante la segunda mitad del siglo veinte. El principal escenario de estas entrevistas se ubica en el sanatorio de Fontilles en Alicante, España, una de las últimas instituciones dedicadas a esta enfermedad en el país. El autor contextualiza la lepra, o enfermedad de Hansen, como una dolencia arraigada en el pasado y estrechamente vinculada a la pobreza, siendo desde temprano incorporada por la tradición cristiana y el lenguaje popular como sinónimo de miedo y rechazo. Tras una extensa introducción en la que expone los criterios teóricos y metodológicos que han inspirado la obra, el autor explora las vicisitudes y particularidades que dieron forma a una experiencia colectiva de estigmatización y rechazo, pero también de resiliencia y auto-afirmación de sujetos subalternos.

Adoptando una metodología propia de la historia oral testimonial, la investigación realizada por Antonio García Belmar, profesor titular de la Universidad de Alicante, no sólo busca completar un vacío historiográfico en torno al tema, sino que pretende representar a miles de personas que pasaron por las leproserías españolas durante el período comprendido entre 1940 y 1990. La propia estructura del trabajo viene dada por las lógicas narrativas de los relatos de vida estudiados por el autor, y más concretamente por los episodios más significativos que la memoria de las personas entrevistadas asocian a la vivencia de la enfermedad. Así, García Belmar reconstruye los contornos de una comunidad mnemónica a partir de la intersección entre dos memorias; la individual y la social, sirviéndose para ello de fuentes orales, retazos autobiográficos, fotografías, e incluso “memoryscapes” o recorridos psicogeográficos de algunos de los espacios habitados por los protagonistas.

Los capítulos del libro recorren distintos aspectos asociados a la experiencia de la enfermedad, agrupando los recuerdos de las personas entrevistadas en unidades semánticas más amplias, alusivas a la vida en los momentos previos a experimentar los primeros síntomas, los intentos por encontrar el origen de la dolencia en el árbol familiar, los agresivos tratamientos médicos a los que fueron sometidos los pacientes de los sanatorios, la vida en reclusión, la solidaridad entre los residentes, las relaciones afectivas, la relevancia del secreto y del miedo en torno a la enfermedad, o el lucrativo negocio que se conformó en torno a la caridad y la sensibilización en torno a la enfermedad, que en gran medida contribuyó a reforzar estigmas sobre las personas que lo padecían. Cada capítulo reúne distintos fragmentos y permite recorrer desde un punto de vista temático y cronológico una gran cantidad de aspectos y de vivencias en torno a la lepra.

Muchos de los pasajes de Éramos todos iguales implican necesariamente transportarse a espacios de aislamiento donde transcurrieron muchos años de las vidas narradas, en los que el tiempo parece adquirir una textura distinta a la que estamos acostumbrados. La liminalidad de esos espacios es referida frecuentemente por las personas que han participado en este libro, al aludir a dos realidades radicalmente distintas y separadas por uno o múltiples muros, “los de dentro y los de fuera”, “los sanos y los enfermos”. La dimensión biopolítica de las instituciones, en tanto que dispositivo de dominación y administración de la práctica totalidad de aspectos de la vida de los residentes en Fontilles, queda sugerida por alusiones múltiples al férreo control al que se sometían cuestiones como la vestimenta, la alimentación, los tratamientos médicos, las relaciones sociales y afectivas, o el uso del tiempo libre. En un contexto ya de por sí autoritario, como el de la dictadura franquista, médicos y sacerdotes eran figuras masculinas de autoridad, científica y religiosa, que ostentaba un enorme poder de decisión sobre las vidas de los enfermos, procedentes a menudo de las capas más humildes de la sociedad. Junto a esas figuras situadas en la cúspide, el papel de las religiosas fue también clave tanto en la vida del sanatorio como en la práctica médica de la clínica y el laboratorio. Como relata uno de los entrevistados: “tenías que hacer lo que ellos mandaban” (p. 209).

Pese al carácter disciplinado de las leproserías y los enormes prejuicios y dificultades que hubieron de afrontar las personas que padecieron la enfermedad, los relatos son muy reveladores en lo que respecta a las estrategias que desarrollaron para resistir y para recobrar la agencia sobre sus vidas. Desde emprender la fuga por la montaña junto a seres queridos que aguardaban al otro lado del muro a la renuncia disimulada a ingerir determinados medicamentos que se sabían nocivos, de la formación autodidacta al alborozo que rodeaba a ciertas celebraciones, la búsqueda de unas condiciones de vida dignas para estas personas y para sus seres queridos es otra de las constantes que recorren el libro. En ese sentido, Éramos todos iguales es un intento de restituir al colectivo de enfermos de lepra de una parte de la dignidad que les fue arrebatada por la sociedad, procediendo además desde el respeto, el retorno de los resultados de la investigación y los presupuestos éticos que caracterizan a la buena práctica de la historia oral.

A través de un estudio riguroso pero escrito con un estilo accesible y divulgativo, el libro supone un aporte valioso sobre un tema de relevancia histórica y poco conocido. Uno de los aspectos más sobresalientes del trabajo es, sin duda, la gran carga emocional de las narrativas, su capacidad de informar sobre cómo afectó el pasado y cómo fue incorporado. Como expresa una entrevistada: “Queda la marca y eso nos duele, ¿sabes? Que queda la marca...” (p. 145). Desde una comprensión social y “desde abajo” de la historia de la medicina, García Belmar propone adentrarnos en unos relatos de gran dramatismo, en la descripción de una serie de experiencias límite que transmiten frecuentemente una sensación de abandono y de vulnerabilidad extrema. En ese sentido, este trabajo sitúa frente al lector una suerte de espejo, que devuelve una mirada, a menudo incómoda, que invita a reflexionar sobre la experiencia del estigma y que interpela tanto al pasado como al presente.